

I

—*CLARO*—dijo el guardia—. *¡Claro, hombre!**

Era la condescendencia de un *caballero* con otro. Su voz ronca estaba modulada por el principio de una omnisciente racionalidad. Cuando hablaba, hablaba desde la inhóspita y socrática cima de su sabiduría a otra cumbre cercana igualmente equipada con la inmaculada panoplia de la lógica. Las profundidades contestaban a las profundidades, ¡las alturas enviaban su aprobación a las alturas!

—*¡Claro, hombre!*—repitió con los labios prietos, con la pasión controlada del gran lógico—. Nunca somos libres de elegir porque tan sólo somos libres una vez en nuestras vidas.

—¿Y cuándo es eso?—preguntó el prisionero.

—Cuando por fin contemplamos el fondo del corazón del ser amado y descubrimos que es falso, ¡como todas las cosas de este mundo!

* Las palabras en cursiva —excepto los términos de otros idiomas— están en castellano en el original. (*N. del T.*)

Su prisionero rió.

—¡Es evidente que ha sido usted desgraciado!

—*¡Claro, hombre!* —respondió la altiva voz, indulgente e imperturbable—. Como todo el mundo.

—Generaliza usted demasiado, don Álvaro, ¿no cree? ¡No todo el mundo!

—*¡Sí, señor!* ¡Todo el mundo!

Hubo un destello en los ojos de don Álvaro que dejó claro que, de carcelero a presidiario, no permitiría que se le contradijese en lo tocante a ciertas cuestiones. El preso inclinó la cabeza.

—Debo discrepar de usted, don Álvaro, en un punto —dijo tras un conciliador momento de respiro—. Los hombres son libres más de una vez en la vida. ¡Hay otras ocasiones!

—*¡No, señor!*, una y no más. Sólo una cosa puede liberarles, y tan sólo por un momento. Libres, ¡de matar..., o de perdonar!

Se oyeron dos golpes que se sucedieron rápidamente, luego un tercero, y, a continuación, un estallido de risas demoníacas. La tarde andaluza derramaba su brillante y operística luz sobre justos e injustos. En el centro de un gran *patio* de cemento se sentaban a una larga mesa una docena de hombres injustos. Doce de los más injustos de la España del momento... Políticos fracasados. Los habían cogido con las manos en la masa, con las armas en la mano. Ahora estaban en espera de juicio, mientras otros políticos —los que les habían vencido— discutían en las *Cortes Constituyentes*, el *Ateneo*, y otros muchos sitios, qué procedía hacer con ellos —si se trataba de un caso para el pelotón de fusilamiento o de una ocasión para un magnífico perdón español—, suponiendo que resultaran condenados cuando, por fin, fueran llevados a juicio. Jugaban a las cartas, sudaban y escupían. Sus gritos furiosos, roncós por culpa de un severo catarro, asustaban, al golpear sota, caballo

y rey contra la mesa, a los palomos que patrullaban el horizonte de color azul báltico sobre sus cabezas y se convertían en abanicos ambulantes para recibir el fresco de la brisa vespertina en el hueco sobrecalentado de las alas, con sus ojos como botones, fijos en la lejana sierra, desde la cual llegaban rachas irregulares de aire fresco que fluía suavemente.

—«Todo me es lícito, mas no todo conviene» —dijo el preso en un aceptable español mientras liaba un cigarrillo.

—¿Qué es eso? —preguntó, perplejo, el guardia.

Era el «me» de aquella frase murmurada lo que suscitaba su interés, como si formulase la pretensión personal a una impunidad ilegítima.

—¿Quiere saber el capítulo y el versículo? Es de la Epístola a los Corintios.

No obstante, el preso lanzó, mientras hablaba, una cautelosa mirada al ofendido dignatario, que se desperezaba a la sombra del claustro, con los ojos ocultos por la visera de la gorra de plato.

—¿Qué es eso? —preguntó don Álvaro con aire un poco estúpido.

—El apóstol Pablo.

—¿El apóstol Pablo?

El preso asintió con la cabeza. Don Álvaro se echó la gorra hacia atrás. Apoyado en su codo delgado, se plantó con mayor firmeza y, exagerando socráticamente mientras agitaba un dedo, exclamó con el tono más profundo de su voz vibrante y llena de reconvención:

—*¡No, señor!* —se detuvo y aspiró por la nariz aire suficiente para un exordio en toda regla—. *¡No, señor!* —sus ojos relampagueaban con la racionalidad calmosa, lista para la batalla, del castellano y con la dignidad didáctica del guardián de la prisión—. *¡No todo, señor, es lícito. No se puede decir eso! ¡No todo es lícito..., es imposible decir algo así! ¡No se puede poner la conveniencia en lugar de la ley!*

—¡Sí se puede! —replicó el preso en contra de todo buen juicio—. ¡Aunque es posible que no siempre convenga hacerlo! —añadió con una sonrisa amistosa que solicitaba una de esas risas cónicas, tan inglesas, de la razonadora máscara de la autoridad que tenía ante sí.

No hubo respuesta alguna.

El guardia estaba picado en su amor propio. Orgulloso como un Lucifer en lo que se refería a su habilidad racional, se sentía terriblemente ofendido en aquel momento. Observó con arrogancia al convicto inglés y escupió antes de contestar.

—*¡Señor Hardcaster!* —proclamó (ar-cas-tér pronunció él), echándole una mirada amenazadora al repantingado británico—. ¡Nunca conviene sustituir la ley por ninguna otra cosa! Vivimos de acuerdo con la ley, ¿dónde estaríamos sin leyes?

—Vivimos de acuerdo con la ley..., es cierto.

Sin embargo, el preso dejó que su mirada reposara en aquel pilar de la ley con una reserva cuyo significado burlesco era demasiado evidente, y don Álvaro parpadeó como una lechuza ofendida antes de proseguir:

—*¡Bueno, bueno!* —replicó finalmente, con la dignidad de la esfinge—. Pero recuerde que cualquiera —cualquiera, don Percy— que deje de respetar la ley, lo hace corriendo un peligro. Sólo un loco sustituiría la ley de los hombres por su propia ley. Y los locos siempre terminan por hacer que los encierran, tanto aquí como en Inglaterra, en todos los sitios es lo mismo.

El preso bajó los ojos y agachó la cabeza.

—¡Demonios! —se dijo—, ya la he fastidiado.

Sin embargo, el espíritu de la contradicción parecía poseer a aquel recluso y levantó belicoso la cabeza, sosteniéndole al oficial la mirada con ojos azules y crueles.

—En Inglaterra la ley no es como aquí en España —dijo en tono didáctico, como si estuviese explicándole la ley a un

grupo de malos alumnos—. En mi país existe algo de justicia. No mucha. Pero se cubren las apariencias.

Don Álvaro, bruscamente, se aupó hasta sentarse, y a continuación, al darse cuenta de que aquélla no era la posición adecuada, se irguió bien tieso, con movimientos de gato desgarrado. Fijó su furiosa mirada en aquel malhechor inglés —que asesinaba en nombre de una libertad extranjera, con la ayuda de fondos extranjeros— y exclamó con considerable violencia:

—*¡Señor Hardcaster, haga usted el favor de no faltarme!*— se pasó la lengua por el labio como a lo largo del borde engomado de un papel de fumar—. Si las leyes de su país, señor, le gustan tanto en comparación con las leyes españolas, ¿para qué demonios ha venido? Nadie se lo ha pedido. Nadie le ha enviado ninguna invitación. No es usted la clase de gente que estemos ansiosos de tener entre nosotros. ¡Podemos pasar muy bien sin los ingleses como usted, permítame que se lo diga! ¡Inglés, para nosotros no significa nada! Y si se comporta usted aquí como si todo le fuese lícito, no se extrañe si recibe lo que se merece. ¡Y deje que le asegure que no será precisamente agradable! ¡Si intenta imponernos sus leyes, créame, señor Hardcaster, será un *mal negocio* para usted!

—Pero, don Álvaro, no era mi intención ofenderle..., le hablaba a usted de hombre a hombre.

—*¡Basta!* No soy ningún imbécil. ¡Los dos sabemos a qué me refiero!

Y, aclarando las más remotas criptas mucilaginosas de su garganta —con los ojos encendidos en sangre aún fijos en la rubicunda cara de luna que tenía delante—, escupió; la percusión de la saliva levantó, como si fuese una bala, una nube de polvo a mitad de camino entre él y aquel *inglés* transgresor de la ley —aquel «don Percy» de hacía un momento..., pero nunca más..., en cuanto a los ingleses, ¡él se lavaba las manos!—, los impuros ingleses, la Nueva Quincalla Blanca de la Inglaterra de la posguerra..., portadores, eso sí, de pasapor-

tes de Su Majestad Británica, y protegidos por doquier por sus desvergonzados cónsules (*¡sin vergüenza..., sin honor!*), ¡pero cuya sola mención era sinónimo de fango para cualquier hombre que se preciase de serlo!

Se alejó airadamente a lo largo del deambulatorio, moviendo los labios como si rezara, aunque unas letanías probablemente más apropiadas para la celebración de una Misa Negra que para los oficios de la Iglesia católica y apostólica.

Su rostro, al marcharse, no fue una imagen muy reconfortante para el preso británico, no lo habría sido para ningún preso, por muchos privilegios y muchos cónsules bien pagados que tuviese a su disposición (*¡sin vergüenza y sin honor!*).

Cuando llegó a la altura de los jugadores de cartas, don Álvaro les echó una mirada por pura formalidad, como para demostrar que había tomado buena nota de que una docena de sapos estaban ocupados en un juego de azar, pero que, al no ser él un naturalista, no era asunto suyo; inmediatamente, apartó la cara, tenebrosa pero impotente, con todas sus grandiosas arrugas, sus huecos y hoyos ascéticos, tan tostada como la de un bereber, porque don Álvaro sabía que no podía hacer nada para estropearles el juego. Ellos llevaban la batuta frente al simple portero. La partida debía continuar. ¡Bonita cosa! Escupió, estuvo a punto de darle a dos presos que estaban acurrucados a la sombra, como cadáveres colocados a los lados del camino en un campo de batalla. Tenían la cara cubierta con pañuelos para protegerse de las moscas. (Eran algunos de los últimos que habían detenido, había cientos de ellos allí.)

Aquellos *políticos* impostores, ¡qué carga para los hombres de un honrado servidor de la ley! El *pistolero* español no era inocente hasta que se demostrase su culpabilidad, o un despropósito similar (si es que el indigno don Percy no mentía y así era en las leyes inglesas), pero eso no cambiaba nada. Los políticos necesitan siempre darse aires (*¡cómo no!*), incluso cuando eran acusados de homicidio. ¡Los crímenes políticos eran

virtualmente perdonados en el mismo momento de cometerlos, por otros *políticos*, cuyo color era lo de menos, que sabían muy bien que su propio pellejo podía no estar siempre a salvo y por tanto estaban dispuestos a perdonar rápidamente —cualquier granuja lo sabía— a quienes derramaban sangre, robaban bancos, o volaban por los aires a los viandantes! Y si se les metía entre rejas durante una temporada, para demostrarles que habían perdido la *partie*, bueno, todo el mundo entendía que aquel tipo pronto estaría otra vez en la calle dirigiendo el cotarro en provecho suyo y detrimento de los otros..., ¡no había solución para eso en la católica España! De modo que aquel tipo de allí, aquel bizco con cara de muerto de la camisa encarnada, abierta por la pechera para que su nuez pudiera subir y bajar a voluntad, como un parásito consentido alojado en su gaxnate —calvo, excepto por una franja negra sobre la oreja izquierda, como el último jirón de una alfombra comida por la polilla—, con una barba azulosa de una semana digna de un pirata, que rodeaba su orificio alimentario de un borde coloreado dándole el aspecto de un fregadero; aquel hombre que había partido en dos a un jesuita y había vendido sus tripas como carne para gatos..., estaba tan cómodo allí como en el *patio* de un casino junto al mar durante *el veraneo*..., ¡el demonio hecho carne! Ahí estaba ahora, dando palmadas con sus sucias manos para pedir otra botella del mejor Rioja, un asesino sin escrúpulos..., ¡como si tuviese delante no al guardián de la prisión, sino a un camarero!

—*¡Pobre España! ¡Pobre España!* —murmuró don Álvaro para su negro bigote, haciendo girar con satisfacción sus grandes, leales y fieros ojos, negros como el azabache.

Al ir a girar hacia la puerta que llevaba a su alojamiento oficial, volvió la cabeza y echó un vistazo en dirección al lugar de donde venía.

El preso inglés seguía sentado fumando, con los grandes y rojizos antebrazos fusionados a los muslos rechonchos.

En ese momento estaba hablando con otro guardia que había aparecido tan pronto como su superior se hubo marchado, Serafín, un subordinado cuyos principios don Álvaro era incapaz de aprobar, una adquisición catalana, un inútil, ¡un indeseable salido de una ciudad de indeseables! Por debajo del bigote de don Álvaro salió disparado un salivazo que pasó sobre su hombro como saludo de despedida a todo lo que había allí reunido.

Dejando a un lado los últimos acontecimientos, don Álvaro consideró todos los honores de que disfrutaban aquellos extranjeros en tierra española y cómo se les hablaba como si tuviesen alguna importancia, ¡*por Dios!* Aquél era un nuevo ultraje..., ¡que a todos aquellos extranjeros se les admitiera como iguales en la política nacional, o aún peor, con carta blanca para matar! Él siempre había respetado a los ingleses en la distancia. Una gran nación, de *caballeros* portentosamente ricos. ¡Pero los de aquí eran otra clase de ingleses, de pelaje más sucio y oscuro! Era muy importante meterse eso en la cabeza: acólitos de los pistoleros rusos y alemanes, ratas que se escondían en los soportales y asesinaban a un hombre por la espalda, o que disparaban a los agentes de la autoridad desde los tejados y huían deslizándose por los canalones y los tragaluces. Una nueva variedad traída de las cloacas inglesas. Raro sería —¡o tal vez no!— que Inglaterra siguiera el camino de España. Dos países con un espléndido pasado de piratería, de sangre gloriosa, de oro y riquezas..., sí, dos países pudriéndose por los extremos, donde la nación dejaba de ser nación —el extremo inferior lindaba con el reino animal, el superior se confundía con la abstracción internacional del hombre—, donde ya no había ni españoles ni ingleses, sino una reunión de individuos que no eran nada.

Los altos y enjutos hombros de don Álvaro levitaron por un instante con un ligero desprecio hacia la idea de aquella especie grosera que había reemplazado a los linajes de los

grandes señores. Y vio la corpulencia grosera del señor Hardcaster, quien en su biliosa imaginación encarnaba al Nuevo Inglés. Había querido, sí, conversar con la rosada rata inglesa de un modo en que nunca habría consentido hacerlo con un compatriota alimentado con el oro de la Rusia Roja. Aquella *mala gente* de los pestíferos Sindicatos Rojos. Mientras recorría los corredores de piedra iba murmurando para sí maldiciones. «¡Pobre España!», su habitual suspiro flotaba en el aire. Era un ex guardia civil, aquella legión de incorruptibles soldados-policías. Nunca había aceptado dinero, allí donde todo el mundo (excepto sus compañeros de la Guardia Civil) aceptaba dinero como alfadía. Había pertenecido a una gran élite militar de guante blanco, con poder para disparar a los sospechosos nada más verlos, después de cumplir con el formulismo de darles el alto. Cuando se ha sido eso, ¡lo es uno para siempre! No se cambia. ¡Basta! No se vuelve uno como los demás cuando se ha sido eso.